

## EPÍLOGO AL CONTRAPUNTEO CUBANO DE LA ANGUSTIA O EL TEOREMA DEL MONO Y LA CADENA

Eduardo Lolo

Cambiare tutto perché nienti cambi.  
Giuseppe Tomasi di Lampedusa.

Escribí “Contrapunteo cubano de la angustia” a raíz de la desaparición de la Unión Soviética y durante lo que en Cuba se llamó oficialmente “Período Especial en Tiempos de Paz”, críptica definición con que se quiso disfrazar, mediante el uso de un eufemismo de indiscutible sabor macondiano, el resultado de la ignorancia, la desidia y la ineficiencia de la administración castrista, puestas al desnudo una vez perdidos los hasta entonces inagotables subsidios rusos. El corolario fue el colapso financiero del que posiblemente fuera antes de la dictadura comunista el país más desarrollado de América Latina, la ruina de las pocas industrias sobrevivientes (incluso la azucarera, otrora de fama internacional), el derrumbe (literal) de buena parte de las ciudades, la merma de los más elementales valores éticos y morales de la sociedad, y la aparición epidémica de enfermedades provocadas por la insuficiencia alimentaria, como las que sufrieran los criollos decimonónicos en tiempos de la reconcentración de Valeriano Weyler<sup>1</sup>.

Dicha etapa en realidad debió haberse llamado “Período de Hambruna en Tiempos de Guerra sin Guerra”. Las ciudades remedaban las filmadas en Europa luego de bombardeadas inmisericordemente durante la Segunda Guerra Mundial; muchos de los automóviles particulares supervivientes de la época pre totalitaria fueron reemplazados por coches de caballo; los tractores, por yuntas de bueyes; las medicinas modernas, por remedios caseros: todos los tiempos resumidos en un sórdido y atrasado presente, mixtura de lo peor de dos siglos. Los vecinos reunían sus magras reservas que hervían en conjunto para hacer lo que se dio en llamar una “caldosa”: especie de aguada sopa “de lo que fuera” con la cual se intentaba mitigar el hambre colectiva, aunque en la mayoría de los casos se tratara de un líquido caliente de color indefinido y sabor indescriptible que en nada cumplía su cometido. A resultas de la epidemia de enfermedades provocadas por la prolongada falta de alimentos, miles de cubanos fuera del séquito de la ‘nomenklatura’ sufrieron la pérdida total o parcial, permanente o temporal, de la visión. Otros tantos quedaron inválidos o impedidos en iguales circunstancias. La tasa de suicidios, de por sí alta desde la llegada del castrismo, se disparó alarmanamente. No es de extrañar entonces que los períodos de escaseces y privaciones de las décadas anteriores llegaran a recordarse hasta con nostalgia, pues nunca en la historia de Cuba había sido más axiomático el viejo adagio que valoraba mejor todo tiempo pasado.

La agitación social, a pesar de la aceitada maquinaria del terror minuciosamente perfeccionada a través de los años, no se hizo esperar. Poco a poco, y a todo lo largo del país, co-

---

<sup>1</sup> Valeriano Weyler (1838-1930), general español que decretara en 1896 el desplazamiento forzado de la población rural de la Isla de Cuba (entonces colonia de España) hacia centros de reconcentración con el objetivo de privar a los insurgentes independentistas del apoyo del campesinado. Se estima que cientos de miles de civiles murieron de hambre o enfermedades provocadas por la desnutrición. Como dato curioso es de señalar que la relocalización forzosa de campesinos y dichas enfermedades reaparecerían en Cuba casi un siglo después durante la “Limpia del Escambray” y el aquí referido “Período Especial”, respectivamente, hitos históricos del gobierno de Fidel Castro, hijo de uno de los soldados de Weyler.

menzaron a aflorar pequeños grupos que, por diversos medios y estrategias diferentes, retaban el poder totalitario del castrismo: unos, convertidos en defensores de los derechos humanos; otros, haciendo valer sus derechos a lecturas sin censura (los bibliotecarios independientes); no pocos, convertidos en periodistas no adscritos a medio alguno (todos controlados por el gobierno) informando sin afeites cómplices la realidad que veían; y hasta unos valientes fundando partidos políticos de ideologías varias. Se trataba de unos pocos hombres y mujeres organizados alrededor de un sueño (despectivamente ‘bautizados’ como “grupúsculos” en el argot oficial una vez que no se pudo ocultar más su existencia) que, según la fórmula martiana, llevaban en sí el decoro de muchos. Sus tácticas eran siempre pacifistas; sus modelos, Mahatma Gandhi, Félix Varela y Martin Luther King, Jr; sus probabilidades de éxito, nulas: dignos quijotes a la carga, alma en ristre, contra reales gigantes indignos.

Sin relación aparente con la política, pero formando parte del binomio causa-efecto (y, por ende, sí relacionado), se produjo un impresionante aumento de la prostitución, la promiscuidad, el alcoholismo y diversas actividades delictivas tales como robos, asaltos y hasta el consumo y tráfico de drogas, este último hasta entonces en manos exclusivas del Estado. La vulgaridad y la pobreza lexical encharcaron el lenguaje, con lo soez mutado en lo cotidiano. Un solo verbo se convirtió en el más usado, utilizado y abusado en el habla popular de entonces: resolver. El instinto de conservación eclipsó, lógicamente, a los demás; de la doble-cara se pasó a la cara-múltiple: había que ‘resolver’, a como diera lugar. De ahí que todos los medios se volvieran válidos con tal de llegar al único fin que todos se proponían: sobrevivir, día a día. Y, de ser posible, huir; legal o ilegalmente, de monja o de ramera, de héroe o de villano, qué más da; la huida era la cúspide del “resolver”, la resolución máxima, la única posibilidad de futuro.

Por lo anterior no es de extrañar que, ante el rumor (tan ilógico como infundado) de que un barco se aproximaría al malecón habanero a recoger a quienes quisieran irse de Cuba, se aglomeraran cientos de personas mirando ansiosas al mar, listas para embarcar y zarpar hacia cualquier parte desde un país convertido en ninguna parte. Una vez desilusionados por la realidad, la desesperanza se convirtió en ira y ésta en valentía, por lo que la masa de defraudados emigrantes se convirtió en una manifestación de protesta antigubernamental. La acción, conocida como “El Maleconazo”, sería rápidamente reprimida y daría pie posteriormente a la llamada “Crisis de los Balseros” que, como el Éxodo del Mariel años atrás, serviría al castrismo de válvula de escape política.

Los intelectuales, artistas y otros profesionales que deseaban emigrar recibían, sin embargo, un peligroso trato especial: se les consideraba “desertores” y “traidores” a la Revolución. Y como por Revolución se entendía Estado, Fidel y Cuba, las implicaciones que dichos términos –de claro matiz militar–, imponían no dejaron otra opción que las salidas ilegales o la huida de una delegación cultural cubana en el extranjero. El Canal del Estrecho de la Florida se llenó de canciones ahogadas, de versos devorados, de paletas de colores achicharradas por el sol y la deshidratación. Como parte del pueblo, los escritores y artistas han pagado su precio a un mar que por momentos se torna verdugo. Pero muchos lograron sobrevivir. La huida de una delegación oficial resultó ser la fórmula más apreciada. Este método llevaba un largo período de preparación y fingimiento: la “doble cara” que se haría endémica y que tan fácil era a los actores por las pericias de su propio arte. Claro que una indiscreción, y hasta una simple sospecha, podían desbaratar los más ingeniosos planes, incluso en el último momento: de la luminosidad de los escenarios a la oscuridad de las celdas tapiadas había un solo paso. Muchos padecieron las consecuencias de ese traspie histórico y no se les permitió acercarse nunca más a la escalerilla de un avión o simplemente se les devolvió secuestrados a Cuba.

El descontento, no obstante, se hizo tan generalizado que hasta miembros de nivel medio del gobierno e intelectuales hasta ahora fieles, comprometidos o ‘domados’ empezaron a dar señales visibles de insatisfacción y hasta de deserción. Aprendida la lección de Rumanía, la Corte Castrista decidió no cometer el mismo error que le costara la vida a la diarquía de los Ceausescus. Una doble política de represión/halago se encargaría de reprimir a los enemigos declarados y mantener a raya los amigos dudosos que les servían de muro de contención de los primeros. Coincidentemente, la salud de Fidel Castro comenzó a deteriorarse.

Los “grupúsculos” serían penetrados por agentes de la policía política a fin de controlarlos, destruirlos desde dentro o, al menos, sembrar la división entre sus integrantes. Los miembros de un equipo de jóvenes a quienes Fidel Castro había permitido cierta parcela de poder (conocidos como “los talibanes”), fueron todos defenestrados, por éste considerar que eran potencialmente peligrosos para la dirigencia “histórica” de la Revolución. Docenas de personas, fundamentalmente intelectuales disidentes, fueron encarceladas y condenadas a largas penas de prisión durante la llamada “Primavera Negra” sin haber cometido delito alguno como no fuera el querer hacer uso de la libertad de expresión y pensamiento tal y como se consigna en la Declaración Universal de Derechos Humanos.

Para los intelectuales y otros profesionales afines en duda se creó otra política más benigna: permitirles vivir en el extranjero sin ser considerados exiliados. A tal efecto a muchos hasta se les propició contratos de trabajo en diversos países gracias a la izquierda cómplice internacional que gustosa acudió en ayuda del castrismo. Con ello se lograba que pudieran paliar la hambruna imperante en la Isla y, de paso, contribuir en monedas extranjeras con las magras arcas gubernamentales. Se generalizó entonces una figura jurídica hasta entonces desconocida o de uso muy limitado: el llamado PRE (Permiso de Residencia en el Extranjero). Con esa autorización se consentía a profesionales cubanos residir fuera de Cuba indefinidamente con la condición de que no hicieran declaración pública alguna contra el castrismo y regresaran al país periódicamente para pagar una cuota mensual (especie de auto-alquiler) que les garantizara la vigencia de su permiso de entrada y salida del país. Ello provocó el surgimiento de una colonia profesional cubana fuera de Cuba no relacionada con el exilio que, en sentido general, privadamente era anti-castrista; pero públicamente se pronunciaba como partidaria o, al menos, “tolerante” y “comprensiva” con el régimen. No pocos pretendían vivir encerrados en una ‘torre de marfil’ o exageraban (siempre en privado, por supuesto) sus condiciones de víctimas del sistema totalitario para provocar lástima en los bolsillos de sus interlocutores. En realidad, los “privilegiados” con el PRE no hacían otra cosa que rentarse a sí mismos al Gobierno Cubano y autocensurarse. Bastaba un pronunciamiento público comprometedor o la falta de pago de su “autoalquiler” para que no les fuera renovado el PRE; o lo que es igual: condenados al destierro forzado.

Esa doble faz del cubano con el PRE era un reflejo de la doble moral imperante en Cuba, desarrollada por generaciones como una eficaz y eficiente táctica del instinto de conservación en que el miedo y el oportunismo se dan de la mano, muchas veces sin frontera aparente alguna entre uno y otro. La mayoría de los privilegiados con el PRE nacieron luego de 1959; no tuvieron, consecuentemente, ni un atisbo de vida más allá de la des-vida del totalitarismo. Desde niños aprendieron que lo que se decía en la casa no podía repetirse en la escuela; que había que gritar diariamente “seremos como el Che” y, al mismo tiempo, tratar de conseguir algo “de fuera” para poder lucir bien en las fiestecitas infantiles de cumpleaños, los Quince de la prima, o los recién estrenados lazos amorosos. A las prostitutas (de súbito e incontrolable crecimiento cuantitativo) no se les llamó más rameras o algo peor, sino que se les endilgó un nuevo término no peyorativo –por desconocido en ese contexto– y muy acorde con el choteo cubano: jineteras. La mayoría de

las nuevas meretrices eran o habían sido estudiantes, todas muy jóvenes, especializadas fundamentalmente en clientes extranjeros a fin de tener acceso a monedas foráneas. Tener una jinetera o alguien con el PRE en la familia se convirtió en la tabla de salvación de muchos durante el Período Especial; unas prostituían el cuerpo; otros, el alma. Pero ambos grupos, siguiendo los postulados de la doble moral, estaban más que ‘justificados’. Había que “resolver” que, como ya se dijo, era el verbo más utilizado en la Cuba del Período Especial y que todo lo permitía, avalaba y justificaba. De lo contrario, las enfermedades por desnutrición resultantes en la ceguera, la invalidez física o el suicidio se sumaban a los otros posibles destinos amargos de la persecución, los actos de repudio, la cárcel o la muerte.

Pasado lo más agudo del Período Especial gracias a las interesadas dádivas chavistas, el castrismo se quedó con una considerable colonia de cubanos ‘autorentados’ por el mundo entero que no estaban dispuestos a regresar. Unos pocos se convirtieron en exiliados forzados o voluntarios; los más pugnaron por mantener el privilegio del PRE a toda costa.

Además del negocio de las rentas humanas, el gobierno cubano comenzó a aprovecharse de algo que nunca creyó posible: la existencia de una colectividad de cubanos en el extranjero sin ser exiliados ni agentes gubernamentales. Incluso, éstos prefirieron un término de identificación distinto: cubanos de la diáspora. El proceso se extendió entonces a períodos temporales breves, como los inherentes a la contratación para giras artísticas de corta o mediana duración. Ya entonces no hizo falta residir permanentemente fuera de Cuba para tener el PRE: bastaba con mantener la boca cerrada y pagar en forma el autoalquiler por el tiempo necesario.

A partir de entonces los acontecimientos se han precipitado y en la actualidad hay poco menos que un caos organizado en la política nacional e internacional del gobierno castrista, pero siempre con el objetivo básico del mantenimiento del poder absoluto por el séquito de los Castro y sus asociados o descendientes. Hitos de destacada importancia fueron la despenalización de la tenencia de monedas extranjeras como paso previo a la autorización para el envío de remesas de dinero desde otros países, la suplantación parcial de los subsidios soviéticos por las dádivas del gobierno venezolano chavista, el paso del poder de Fidel a su hermano Raúl al estilo de la más rancia monarquía absoluta, los cambios cosméticos en la economía nacional y, más recientemente, las nada cándidas concesiones de Barack Obama a los Castro que trajeron como resultado la normalización de las relaciones diplomáticas entre los dos gobiernos.

La despenalización de la moneda extranjera y la consiguiente implantación de una moneda nacional paralela al peso cubano (pero de valor artificialmente superior al dólar), le ha permitido al castrismo convertirse en parásito del exilio. Explotando la solidaridad de los cubanos desterrados para con sus familiares en la Isla, el gobierno cubano ha logrado que las remesas se hayan convertido en la segunda entrada de divisas de la economía cubana; dinero que no tiene que producir, pues ha sido producido por los remitentes.

El petróleo venezolano a cambio de unción política y tutoría represiva vino a sumarse a las remesas de los exiliados como ceiba alternativa del desaparecido subsidio soviético. El alquiler de profesionales (fundamentalmente del campo de la salud) a terceros, trabajando a manera de siervos de la gleba, fue otra fuente de importancia mayor. Pero a pesar de toda esa entrada de dinero fácil a las arcas del estado, el país no salía de la crisis provocada por el Período Especial, por cuanto el sistema no superaba su condición innata de arte nuevo de hacer ruinas.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Referencia a *Arte nuevo de hacer ruinas* (Premio Bayerischer Filmpreis 2010), documental de los cineastas alemanes Florian Borchmeyer y Matthias Hentschler filmado en Cuba en 2006 donde se presentan ruinas de viviendas que parecen ser el resultado de una guerra, aunque en realidad son producto de la desidia, la inepti-

Se produce entonces el involuntario cambio ejecutivo, primero provisional y luego permanente, del Máximo Truhan al Mínimo Tahúr. Este último venía experimentando desde hacía años con cierto tipo de relaciones de producción capitalistas codificadas rigurosamente por el Estado, a manera de China. Sin poner nunca en peligro el control totalitario, el Hermanísimo inicia o continúa entonces unas tímidas reformas que dan como resultado que algunos cubanos puedan trabajar al margen del Estado sin ser perseguidos en labores y pequeños negocios de nombres tales como el estatuido oficio de “dandy” o el servicio gastronómico denominado “paladar”, términos que parecen sacados de un manual de realismo mágico. Como el vocablo “empresario” sigue siendo ‘políticamente incorrecto’, a estos industriales criollos se les conoce oficialmente por el casi trabalenguas de “cuentapropistas”. Aparentemente son independientes, por lo que pudieran considerarse un germen de la libre empresa si no fuera por el dogal bien ajustado que les impide convertirse en empresarios capitalistas. Porque es el caso que en la Cuba ‘reformada’ del Mínimo Tahúr no hay industria ni firma comercial significativa alguna propiedad o en usufructo de ciudadanos cubanos que no pertenezcan a la clase dirigente, pues ningún negocio importante puede existir al margen del Estado y sus parásitos: la orwelliana legislación vigente impide que entidad “cuentapropista” alguna supere el nivel de “chinchal”.

No obstante ello, un zapatero remendón agradecía a la Revolución el “perfeccionamiento del socialismo” que le permitía sacar su bigornia de la clandestinidad y ganarse unos pesos reparando los calzados raídos de sus vecinos sin tener que hacerlo a escondidas como hasta entonces, siempre temeroso de ser sorprendido o delatado como si fuera un bandido cometiendo sus fechorías. Es más, como inequívoco signo de los ‘nuevos’ tiempos, hasta colocó (aunque de seguro todavía un poco asustadizo) un cartel hecho por él mismo en el frente de la casa anunciando públicamente sus servicios. Y no dudo que hasta alimente la ilusión (aún inconfesada, “por si acaso”) de convertirse en el dueño de una importante “factoría” de calzados que inunde el mercado norteamericano con sus productos. Lo cual demuestra que, al menos desde el punto de vista histórico, hasta en las noches más cerradas hay variantes de la oscuridad que crean el espejismo esperanzador de un cercano amanecer.

Visitas papales lograron que, al menos de manera oficial, el Estado cubano cambiara su tradicional condición de ateo por laico y, en consecuencia, permitiera la celebración de algunas fiestas religiosas durante largo tiempo rigurosamente prohibidas. No es de extrañar, entonces, que la alta jerarquía católica se convirtiera en poco menos que aliada de la dirigencia comunista, rezara por la salud del Máximo Ateo y considerase un acto de misericordia gubernamental propiciado por la Iglesia la conmutación de penas carcelarias por el destierro forzado a algunos presos políticos, sin que se hiciera referencia alguna a que eran reos inocentes, encarcelados durante años sin razón alguna. De buena o mala fe, hasta el Vaticano sirvió de Celestina entre Obama y los Castro.

Paralelamente, y a fin de mejorar su funesta imagen internacional de siempre, el Castrismo ha ampliado sustancialmente los temas permitidos en el arte y la literatura. Del realismo socialista se ha pasado al realismo sucio; de lo panfletario, a lo ordinario; de la hoz y el martillo, a la hez y el martirio. Por ejemplo, el interés de una de las hijas del nuevo dictador por el homosexualismo propició que se haya consentido tratar el tema (otrora tabú, por “antisocial”) en libros y películas; razón por la cual un laureado dramaturgo señalara jubiloso que ya en Cuba había libertad porque podía decir que era homosexual sin que se lo llevaran preso. Pueden criticarse los males de la sociedad, siempre y cuando no se mencionen sus raíces en el disparatado sistema socia-

---

tud y la ineficiencia inherentes al socialismo. El título del laureado filme, a usanza de Cabrera Infante, es una parodia de un famoso ensayo en verso de Lope de Vega (“Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo”).

lista. Hasta funcionarios gubernamentales de nivel medio pueden ser criticados; mas quedan fuera de todo cuestionamiento o señalamiento la “dirigencia histórica”, sus familiares directos y los protegidos de los Castro (estos últimos hasta tanto no pierdan la frágil condición de tales, por supuesto). O como me comentó jocosamente un escritor cubano desde la Isla: “Ya podemos jugar con la cadena; pero con el mono, no. ¡Cuidadito!”

Sólo así se entiende el significado de la frase de Leonardo Padura de que “no soy político, pero tengo responsabilidad ciudadana”<sup>3</sup>, como si se pudiera tener grado alguno de responsabilidad ciudadana al margen de la política, y mucho menos en un país regido por un régimen totalitario donde todo es político –hasta la apolítica. Y es que él sabe muy bien que el andamiaje represivo dictatorial está intacto y al acecho; que nadie está fuera de su alcance, por mucha fama que tenga en el extranjero. Porque es el caso que las leyes que penalizan como delito la libertad de expresión, el homosexualismo, y un largo etcétera relacionado con los derechos humanos fundamentales, siguen vigentes, sólo que se aplican o posponen (nunca se cancelan) casuísticamente. Padura y demás escritores y artistas cubanos que viven en la Isla han aprendido, por haber sido testigos del sufrimiento de tantos colegas encarcelados o caídos en desgracia, que “el mono” no puede tocarse ni con el pensamiento; es más, el juego con” la cadena” pudiera convertirse, si no se mantienen las distancias establecidas, en una especie de cabriola ideológica sumamente peligrosa.

Un ejemplo reciente fue la prohibición en La Habana de la representación (con solamente dos noches en cartelera) de la obra *El Rey se muere* de Eugene Ionesco, bajo la dirección del conocido cineasta Juan Carlos Cremata. Bastó que la pieza describiera la muerte de un monarca enfermo para que los censores la sindicaran con un mensaje contrarrevolucionario; para ellos Cremata, obviamente, había jugado con la cadena demasiado cerca del mono. Coligar por escrito de forma directa a Fidel Castro con un monarca moribundo habría sido algo así como una inmolation política hasta para los propios censores, quienes son asimismo censurados por diligentes (y también temerosos) oficiales a nivel superior. La censura en Cuba es una dantesca pirámide de miedo ascendente que sólo desaparece una vez que se llega a la cúspide, donde habita solitario el omnipotente (y por delegación del terror, omnipresente) atrabiliario Censor-en-Jefe, fuente de todos los miedos. De ahí que las razones que adujeran los censores del nivel inferior para impedir ni una representación más de la obra parece un texto del propio Ionesco en estrecha colaboración con Cantinflas. Según ellos, la obra no podía volver a la escena

...atendiendo a las estrategias de desarrollo del arte escénico cubano, al diálogo permanente entre la institución y la práctica artística cotidiana, en pos de lograr estadios más propositivos entre las obsesiones poéticas de nuestros creadores y la política cultural de la Nación.<sup>4</sup>

Comentó el propio Cremata con relación al texto censor: “Fue algo inentendible, parecía una burla. Ni siquiera me la enviaron y era tan hermética, que no creo que ellos mismos la entendieran.”<sup>5</sup> Para concluir con la frase que da título al escrito periodístico: “No sé a qué me habrán

<sup>3</sup> Entrevista a Leonardo Padura de Inés Martín Rodrigo, publicada en el diario *ABC*, de Madrid, el 11 de junio de 2015.

<sup>4</sup> Arias-Polo, Arturo. “‘No sé a qué me habrán condenado’, dice cineasta cubano tras censura de su obra.” *El Nuevo Herald* (Miami), 17 de julio de 2015.

<sup>5</sup> Idem.

condenado.” Lo que Cremata sí sabe muy bien es ha sido inexorablemente condenado, aunque al momento de conceder la entrevista citada todavía no supiera a qué; ya lo sabrá.<sup>6</sup>

El acercamiento de Obama con los Castro no va a traer como consecuencia ninguna mejora para los cubanos en el campo de los derechos humanos; todo lo contrario. El objetivo del cambio de política entre ambos gobiernos responde a los intereses mezquinos de capitalistas norteamericanos inescrupulosos y sus homólogos en ciernes del séquito castrista. Los primeros van en busca de mano de obra barata y sin derechos laborales básicos como en China o Viet Nam, con lo que sus importaciones les saldrán más rentables por la nueva cercanía geográfica de los productores y, por consiguiente, aumentarán sus ganancias. Los segundos no persiguen otra cosa que hacer más beneficiosa financieramente la condición de señoritos feudales que recibieran en herencia o dádiva de la “Dirigencia Histórica”, de manera tal que las godibles pitanzas a las que están acostumbrados sobrevivan a sus garantes actuales.

Desde hace tiempo el Castrismo se viene preparando para perdurar más allá de los longevos Castro originales: llegado el momento, hijos y nietos de la ‘nomenklatura’ se encargarán de la sobrevivencia del sistema mediante el más que practicado estólido discurso de siempre. Y nunca faltarán secuaces, mentecatos, badulaques y timoratos que los aplaudan y adulen, pues por larga y nefasta experiencia bien sabemos (ver Martí) que gamonales famosos con palabras de colores son usualmente aupados por petimetres prebendados, pensadores canijos y bribones inteligentes.

Por todo lo aquí expuesto es que sigo convencido de que en la Isla, a pesar de los pronósticos halagüeños de arúspices oficialistas y nigromantes ingenuos o mercenarios, nada sustancial ha cambiado ni va a cambiar con las cacareadas ‘reformas’ del Mínimo Tahúr y las nuevas relaciones entre los gobiernos de Cuba y los Estados Unidos. Y si algo llegara a variar sería, según la fórmula de Lampedusa citada al inicio, para que todo siga siendo igual. El mismo Castro II, como reafirmando lo dicho por el famoso novelista italiano, no se cansa de repetir una y otra vez que en Cuba nada va a cambiar, que solamente se trata de “la perfección del socialismo”; que es decir, más de lo mismo... y ‘perfeccionado’ –o sea: peor.



No obstante lo anterior, quisiera evitar se me identifique como una especie de alevoso Gingrich político robándole las ilusiones al pobre zapatero remendón arriba mencionado. Ojalá que Giuseppe Tomasi, Raúl y yo estemos equivocados y que alguna de las variantes de la oscuridad absoluta de hoy preludie, verdaderamente, la cercanía del amanecer que todo cubano de buena voluntad añora para su Patria. Pues si París bien vale una misa, la libertad de Cuba bien vale una retractación.

Nueva York, verano de 2015.

<sup>6</sup> Y pronto que lo supo: su contrato de trabajo fue cancelado, “convertido en una persona no confiable, un paria de la cultura...” (“Cuba: Yanquis sí, censura también”, de Sarah Moreno. *El Nuevo Herald*, 12-14-15.)